



Travesía de extrabares

Gregorio Martínez

PRELUDIO

Fue algo muy raro. Martín Adán nunca entraba al bar “Palermo”. Nunca. Quizás lo había hecho antes, en la primera época de aquel mítico bar, en los tiempos que narra Julio Ramón Ribeyro en su novela *Los geniecillos dominicales*, cuando se reunían ahí Pablo Macera, Carlos Aranibar, Paco Bendezú, Carlos Eduardo Zavaleta, Eleodoro Vargas Vicuña, Alfredo Castellanos, el propio Julio Ramón Ribeyro y las musas Esperanza Ruiz, Vilma Aguilar, Evalina Gayoso, Nícida Coronado, la ‘Támara Fiol’ de Miguel Gutiérrez, y la combativa Lea Barba, la ‘Aída’ de *Conversacion en La Catedral*.

Solo que si Martín Adán hubiera frecuentado el bar “Palermo” en la década de 1950, ya lo diría Julio Ramón Ribeyro en su novela. Francisco Bendezú lo habría comentado en las interminables conversaciones que teníamos

en Editorial Quipu de Hernán Alvarado, en Jesús María, donde nos reuníamos para beber a fines de la década de 1970. Tampoco Pablo Macera ha dicho nada al respecto. Ni Carlos Aranibar cuando en su libro *Ensayos* se refiere a la bohemia del bar “Palermo”. Martín Adán deambulaba lentamente por bares sórdidos y desolados cercanos a Palacio de Gobierno.

En 1968 el bar “Palermo” ya estaba en su segunda época, la época de la generación del 60, cuyo punto crítico era la mesa que ocupaba Oswaldo Reynoso, ubicada a la entrada, detrás de una vitrina, frecuentada por Miguel Gutiérrez, Antonio Gálvez Ronceros, Manuel Velázquez Rojas, Juan Morillo, el mimo Jorge Acuña, el pintor Pancho Izquierdo López. La tercera época del bar “Palermo” —y su triste final— fue cuando lo convirtieron en snack bar y lo cubrieron de plástico colorido.

Los bares que Martín Adán prefería eran sórdidos y poco frecuentados, ubicados por las cercanías de la Plaza San Francisco y en el jirón Azángaro, cerca de la librería de su editor y protector Juan Mejía Baca, especialmente “El cuchitril” que a finales de la década del 70 adquirió fama de maldamuerte y que por las noches estaba atestado. Aunque una vez lo vi en el bar “La comisaría”, situado en la esquina de Azángaro con La Colmena, a unos pasos del bar “Palermo”. Lo llamábamos así, “La comisaría”, porque en la entrada había un gendarme que pedía refuerzos ante cualquier acto de protesta y un teléfono policial. Entré para comprar cigarrillos y divisé a Martín Adán, solo, ensombreado y mugroso, con aspecto de mendigo y una cerveza adelante.

Muy raro fue que esa noche de 1968 Martín Adán estuviera en el bar “Palermo”. Por supuesto que no estaba en la mesa de ningún grupo literario o bohemio. En ese tiempo se reunían en el bar “Palermo” los poetas de “Estación Reunida”: Elqui Burgos, Tulio Mora, José Rosas Ribeyro; los de “Hora Zero” en torno a Jorge Pimentel y Juan Ramírez Ruiz; los del “Grupo Primero de Mayo” que pasaban un tanto inadvertidos, tal vez confundidos con los que vendían condones y polvos chinos en la puerta del “Palermo”, vendedores que entraban al recinto para sacar cuentas y ordenar sus mercancías. También había un grupo que parecía gente de teatro y que el dibujante Lorenzo Osores los bautizó con el chaplín de “Los idiotitas”.

En ese entonces yo no pertenecía al grupo “Narración” ni tenía amistad con sus miembros. De modo que no me acercaba a la mesa de Oswaldo Reynoso. Mis amigos eran la gente que había estado en torno a la revista *Pielago* que dirigían Hildebrando Pérez Grande y Ricardo Ráez, publicación en la que Rodolfo Hinojosa había publicado “Horacio”, el mejor poema de toda su escritura. Cuando digo amigos me refiero a Juan Ojeda, Chacho Martínez, Andrés Cloud, Juan Cristóbal, David Mota, Fredy Sánchez Lihón, Hermógenes Janampa. Como yo disponía de recursos, pues ya era maestro graduado en la Cantuta, a los 19 años, y vivía como estudiante, sin familia, sin ninguna ambición material, podía parar los tragos y los cafés sin problema. Especialmente con Juan Ojeda y con Chacho Martínez nos reuníamos en la mesa que estaba pegada a la columna central del bar “Palermo”, una columna cuadrangular.

Esa noche llegué al “Palermo” con Juan y Chacho y nos ubicamos en la mesa pegada a la columna. Inmediatamente se nos acercó, muy zalamero, el mozo Broncano y me dijo: “Martínez, vino a buscarte una señorita que parecía extranjera y le dije que volviera, que con toda seguridad tú ibas a venir más tarde”. Así era Broncano, cariñoso y zalamero. Sabía alimentarle la vanidad a cada quien. Estaba en el bar “Palermo” desde los tiempos de Pablo Macera y

Julio Ramón Ribeyro. Era ancashino como la mayoría de los mozos de Lima en ese tiempo. Pedimos cerveza. A Juan Ojeda, todavía atildadito, contenido en su parla siempre muy sabia, se le iluminaron los ojos. Juan se había leído todo el repertorio literario de la Biblioteca Nacional y solo le quedaba el recurso de rastrear en la Biblioteca del Congreso algunos libros que no tenía la Biblioteca Nacional, por ejemplo *Ulises*, de James Joyce, que seguramente se había hecho polvo en los dedos de los lectores. Ya cuando estábamos en la segunda ronda o más, y un tanto acelerados, llegaron a la mesa David Mota y Fredy Sánchez Lihón. Éramos, pues, un quinteto.

El arribo de Martín Adán fue un secuestro. Un secuestro sin resistencia alguna. Juan Ojeda lo tenía del brazo y él mismo acomodó la silla y sentó al viejo poeta que, con sombrero y sobretodo de lana espiga, parecía totalmente fuera de lugar. Ahora éramos seis. El más emocionado de tener a Martín Adán en la mesa era David Mota. Fredy Sánchez Lihón, que siempre había endiosado al autor de *Travesía de extrameres*, se quedó mudo, extasiado, no lo podía creer. Él una vez había intentado acercarse a Martín Adán, cuando lo vio en un bar cercano a la Plaza San Francisco; pero el poeta, muy mortificado, sin mirarlo, le había dicho, con contenida violencia, que lo dejara solo. Hacían muchos años que ya nadie había logrado acercarse a Martín Adán, como todavía lo hizo Allen Ginsberg y sus guías, en 1963, un lustro atrás, solo que lo lograron con la recomendación de Juan Mejía Baca. Ginsberg escribió un poema sobre ese encuentro.

Fue un auténtico secuestro porque Martín Adán estaba en una mesa, en un apartado, con unos viejos extraños al bar “Palermo” que bebían copitas de pisco. Yo los había divisado e identifiqué a Martín Adán, mas no dije nada ni le puse atención porque entre los viejos estaba un señor medio gordo y miope, Julio Díaz Bustamante, que había sido mi jefe en la mesa de partes del Registro Electoral, dependencia del Jurado Nacional de Elecciones, donde yo dupleteaba para disponer de más fondos y sostener la bohemia sin penuria, sin tener que alargar un cafecito hasta el infinito como hacían los poetas de “Estación Reunida” y “Hora Zero”. Por cierto que yo no tenía ningún entripado con Julio Díaz Bustamante, un señor muy sabio y epicúreo. Además, el trabajo en la mesa de partes resultó para mí apasionante. Tenía que resumir el contenido de los expedientes y comunicaciones a la mínima expresión. Diez páginas en cinco líneas que realmente fueran la imagen en el espejo. Pero no quería encontrarme con Julio Díaz Bustamante en el terreno de lo incierto e inexplicable, pues él sí le encontraba sentido a todo y siempre tenía la solución para el problema más complicado.

Ya cuando estábamos bien encendidos, con una ruma de botellas sobre la mesa, Fredy Sánchez Lihón y David Mota se despidieron. Quedamos en cuarteto, quizás más contentos y menos dispersos. Martín Adán fue entrando poco a poco en el juego que le tendía Juan Ojeda, que lo llamaba Martín a secas, totalmente contrario al intento de Fredy Sánchez de tratarlo de “Maestro” para arriba y “Maestro” para abajo. Al fin, cuando el bar “Palermo” ya iba a cerrar —a medianoche— y nos disponíamos a salir para cruzar la avenida y continuarla en el “Chinochino”, que era de amanecida, ya el poeta de *Travesía de extramares* era solo Martinica. Y él contento. Así le decía Juan Ojeda: Martinica. Yo todavía mantenía en el bolsillo un fajo de billetes para seguirla. Y si faltaba guita, tenía una reserva en casa y hasta una cuentita en un banco cercano a mi quilombo, en Balconcillo, en Casa de las Américas, llamada así porque estaba ubicada en la avenida Las Américas 284.

TRAVESÍA

Martín Adán, nacido en Lima en 1908, aunque derechista irremediable y aristócrata “civilista”, es el poeta vivo más talentoso del Perú; Juan Ojeda, chimbotano, hijo de obrero, raro prodigio de arte mayor, nació en 1944; una larga distancia, temporal e ideológica, los separa; sin embargo, los une el rigor estético y la ambición artística, a veces también los títulos de sus libros: *Travesía de extramares*, Martín Adán; *Elogio de los navegantes*, Juan Ojeda. En mayo de 1968, Martín Adán, Juan Ojeda, Cesáreo Martínez y el autor de este relato emprendimos una febril travesía por los bares de Lima; primero en el centro; después en las avenidas Grau y Abancay; luego en la Plaza México, en Lince, en Balconcillo; al tercer día volvimos al Centro y tiramos la esponja en el “Chinochino”, mientras Martín Adán continuaba imperturbable la terrible batalla por la poesía.

A Martín Adán lo encontramos en el bar “Palermo” de la Colmena, cerca al Parque Universitario, un apacible martes 13 de mayo del 68; había salido del manicomio, lúcido y comunicativo, hacía pocos días. “Palermo” era entonces un salón ampuloso y vulgar, sin ningún encanto, donde mataba y revivía el tiempo la “intelectualidad politizada” establecida en Lima; y donde andaban igualmente, por la fuerza de la costumbre o por el imperio de la necesidad, asordados vendedores de condones, gitanas de la suerte que ocasionalmente entraban al puteo, estudiantes misios, asaltantes revolucionarios, damas y caballeros “honorables”; porque, eso sí, “Palermo” era también, a mucha honra, heladería y salón de té. Aún no había sido revestido de fórmicas y plásticos hasta la ridiculez, tal como aparece hoy; pero tampoco estaba ya en su época de oro. En mayo del 68 era modestamente la sombra desvalida de lo que fue años atrás, cuando desde la Casona de la Universidad

de San Marcos llegaban a poblar sus mesas Pablo Macera, Juan Gonzalo Rose, Julio Ramón Ribeyro, Francisco Ben-dezú, Alberto Escobar, Sebastián Salazar Bondy, Eleodoro Vargas Vicuña, Hugo Bravo, Aníbal Quijano, Julio Cotler, Wáshington Delgado, Carlos Aranibar, Esperanza Ruiz, Nícida Coronado, Juan Pablo Chang, Guillermo Lobatón, Alfonso Barrantes y otros jóvenes promisorios, como diría un cronista deportivo. En esos tiempos, el propietario del “Palermo”, afecto a cierto hedonismo que luego se lo envenenó el dinero, se esmeraba en la atención, incluso les ponía su punto de amargor a los chilcanos de pisco y al café, café.

CANTINITA DE LA CIUDAD UNIVERSITARIA, MARTES 13, HORA: PASADO EL MEDIODÍA

Estábamos en la Ciudad Universitaria de San Marcos hechos unos boludos estudiosos, pontificando en un país de ciegos, cuando en eso a Juan Ojeda se le ocurrió una bajada al infierno para calentar motores. Fuimos a la barriadita de los obreros, detrás del pabellón de la vivienda estudiantil, a la inmutable cantinita de Gallocuento. Bebimos cerveza, únicamente cerveza; pero la hicimos larga, a cada tema de la conversación le metíamos su chancadito; Lacan, Barthes, Althusser eran unos simples memoriosos de liceo; Sarduy con su *Cobra*, un pobre encantador de culebras, la novela tenía que colmar mínimo mil páginas y capturar con la luminosidad de un relámpago ese instante cruento de la realidad, apenas diez minutos, en que la policía encaraba sus armas para masacrar a los huelguistas de Siderperú; y el poema debía abarcar veinte mil versos, para reproducir un mensaje eterno, a imagen y semejanza de la obra cumbre de Karl Heinrich Marx; es decir, una homología global, política, económica, filosófica, poética de El Capital.

“BAR PALERMO” 5 P.M

Al “Palermo” llegamos al atardecer, como los chirotes, con una buena punta entre pecho y espalda; sin embargo, Cesáreo Martínez, mi tocayo, dijo al entrar: “Todavía estamos frescos”. Juan Ojeda volteó a mirarlo, le agarró fuertemente la muñeca, en un interminable gesto de amistad, y dijo a su vez: “Me parece correcto, Chacho; además, no hay comienzo sin desarrollo”.

Caímos como pedrada en ojo tuerto. En una mesa, solo, estaba David Motta, un arqueólogo cotahuasino radicado actualmente en Huancayo, a quien los pobladores de los lugares donde realiza excavaciones siempre lo confunden con el jefe del proyecto y a este lo toman por su chulillo. Motta es un crítico corrosivo de las novelorías extranjerizantes del cientificismo dependiente y, también, del autoc-tonismo impostado de los miraflores. Ocupamos la mesa de Motta y calentito nomás pedimos cerveza, antes que

se nos pasmara el vuelo. Estábamos en la entrada, al lado izquierdo, cerca de la mesa donde siempre se ubicaba el novelista Oswaldo Reynoso, tras la vitrina que servía de mampara y en cuyo vidrio horizontal se veía patas arriba a la gente que pasaba por la vereda; un espectáculo realmente edificante, pero edificante para inflar carpas y templar trapecios.

Ojeda fue al baño y regresó con cara de asombro. “La poesía está allí”, dijo, con esa retórica tan suya, y señaló hacia la mesa que estaba colocada frente al lavadero de vasos. Eran cuatro o cinco viejos, dueños de sí, que tomaban pisco en copitas, excepto uno que tenía delante una botella de cerveza.

“¿Quién?”, pregunté; siempre ignorante, todo el tiempo rezagado, alumno de escuelita nocturna. “Martín Adán”, me contestó Chacho, mi tocayo, con su voz aguardientosa y su peinada a lo Gardel. “¿Cuál?”, volví a preguntar. Esta vez nadie me contestó. Todos miraban absortos al viejo enorme, enfundado en mugriento gabán de lana espiga, ensombrerado, con espeso y silvestre bigote amarillento, ojos saltones, enrojecidos, turbios, ya sin color, bajo el ala del gastado sombrero de paño o fieltro, como dirían los cultos.

Juan Ojeda, con una risita inocente y malévol, dijo “Hay que capturarlo”, “Eso”, acertó Motta; siempre provinciano, cada vez más cholo, nunca miraflorentino, jamás pituco de la Católica. Y Martín Adán se dejó capturar como un manso cordero, él que es tan huraño y esquivo aun con sus condiscípulos del Colegio Alemán, sea Estuardo Núñez o algún potentado de la industria y la banca. Del brazo de Ojeda llegó hasta nuestra mesa. Entonces lo volví a mirar y lo encontré mucho más alto todavía. Para cerrarse el gabán, trasminado por el humor de su cuerpo, utilizaba un imperdible enorme, al que de vez en cuando le dedicaba especial atención y lo mostraba con ánimo de impresionar. De pies a cabeza olía a berrinche. Silencioso, viejo y aparentemente aniquilado, con un jadeo seco como el de los asmáticos, tomó asiento entre nosotros. Sentíamos el enorme peso de su presencia y se nos quebró la naturalidad; los chispazos de humor e ingenio se convirtieron en frases de cartón piedra, en elocuencia de pacotilla; Juan Ojeda, más que nunca, agarró un plan de mirada profunda, y me acordé de Antonio Gálvez Ronceros, el único que se atrevió a perturbar la solemnidad de Ojeda, una tarde en la puerta del “Palermo”, al tatarlo sonriente, moviendo una pierna y apoyándose en la otra: “agarrando mirada profunda, nada cojudo”, y Juan apenas distendió los labios, amargo por lo bajo, pues le hinchaba las bolas el humor, pero desde entonces, patísimas, iban juntos al colegio Melgar, donde enseñaba el Gordo Gálvez, y se jugaban con clase y parsimonia, una mesa de billar en la sala de profesores, porque eso

sí, Juan sería grandilocuente y ceremonioso, siempre tiza y con los zapatos lustradísimos, pero no solo bajaba al llano sino que lo conocía a fondo, sabía pisar su aserrín, hacerles quecos a choros y homosexuales, y además, (lo digo para darles luz a los sapos) había salido a la mar como pescador en Chimbote, y mascaba su jerga, y borracho era temerario para las broncas. La presencia silenciosa de Martín Adán nos cortaba el aliento; más aún su mirada turbia de pez muerto, ¿así sería el pez banana?

“PALERMO” 10 P.M.

En la otra mesa había quedado, a medio consumir, la botella de cerveza de Martín Adán. Reconocí, entre los viejos que tomaban copitas de pisco, a mi jefe de cuando trabajé en el Jurado Nacional de Elecciones; gordo, miope, mo-fletudo, don Julio seguía igualito: feliz, eroticón, lascivo, ingenioso, único.

Recuerdo que nadie, ni el Instituto Nacional de Planificación ni el Catastro de la República, había podido sacarnos de la duda sobre si existía o no, en Lima Metropolitana, entre la treintena y pico de distritos, uno que se denominara San José de Surco; y si existía, ¿en dónde miércoles estaba ubicado?, ¿cuál era su jurisdicción?; conocíamos de sobra el distrito de Santiago de Surco, pero ningún San José de Surco; cuando ya habíamos perdido toda esperanza, dimos de sopetón con don Julio en la Mesa de Partes, “concha”, dijo, y golpeó con el puño su escritorio forrado con papel secante verde, “allí es donde van ustedes a acalambrarse tirando parados ¿y no saben cómo se llama?”; recién se nos encendió el foquito, el susodicho San José de Surco había sido Barranco.

– “¡Maestro!”, dijo alguien y desprevenidamente empezamos a caer en el cojudismo, ese mal endémico del intelectual peruano. Martín Adán, la camisa podrida en el cuerpo, era en ese instante la imagen exacta de sus versos: “Poesía no dice nada / Poesía se está callada”. Por eso desandamos el cojudismo para retomar el rescoldo de la realidad. Algunos se preguntarán ¿qué es el cojudismo? Sin duda que es un estado mental, es la quinceada monda y lironda, el error grueso que se comete por querer impresionar o parecer inteligente, es la atomización de la izquierda, el creer o haber creído que la Fuerza Armada puede hacer la revolución, el atracar o haber atracado sucesivamente con el estructuralismo, con Marcuse, con Mac Luhan, con el “neomarxismo”, en un plan putaño, y también con la escritura por la escritura, con la novela Cobra del cubano renegado Severo Sarduy, y ayer nomás con la ahora basureada novela francesa o con filmes como El año pasado en Marienbad, o creer que nadie sabe que aceptó un puesto en la primera fase no por velasquista sino por el caro amor a los chicharrones, o desvivirse por los viajes, por las becas



Cesáreo Martínez y Gregorio Martínez en el bar Chinochino. Fotografía Herman Schwarz.

y otras pestes, otras miasmas, otros venenos. Pero ¿quién mide el fuego de la admiración cuando esta es real y sincera? Para Juan Ojeda, la existencia de la poesía de Martín Adán en un Perú hambriento, atrasado y dependiente era la confirmación de sus propios sueños, el sustento de sus desmesurados proyectos literarios.

Motta se fue, luego se rompió el yeso. Era casi medianoche, habíamos arrumado botellas. Entonces Ojeda empezó a sacar el cuchillito de su rara sonrisa. En mirada penetrante atravesó la mesa y puso en guardia a Martín Adán. Ojeda estaba con el cuchillito de su sonrisa. “¡Martinica!” gritó de pronto. Martín Adán se despabiló, alzó el mentón cubierto por una barba canosa de varios días y, remecido por una seca carcajada, dijo con cacha: “Recién comienzan a ser hombres”. Se soltó a reír con pausa y gozo, luego añadió: “Han estado muy tiesos, muchachos, peores que el mayordomo suizo de don José de la Riva Agüero que nos recibía, señorial, en la puerta de la casa cuando íbamos a visitar al Maestro”. A partir de ese momento nos mandamos de hacha a la conversación, a veces al interrogatorio impertinente, por ratos incluso a la pendejada, a la batidera, al vicio, estimulados por el propio Martín Adán, quien fue el primero en aventarse al relajo, tanto que Ojeda, ya con los pies completamente fuera del plato, le decía “Martinica, pata, chupa pues patita”. Y Martín Adán, feliz, achinaba los ojos de contento, y rajaba de Belaúnde y su quinta generación: “A ese perendengue yo le dije, Fernandito, en el manicomio se vive con más seguridad que en Palacio y

también se puede discursar” (a los cinco meses los militares lo sacaron en pijama de Palacio).

Dos o tres veces lo llevamos al baño, recorriendo todo el largo del extenso bebedero; pero nadie allí, cuna de bohemios e intelectuales, reconoció al viejo raído a quien sosteníamos para que caminara. El más solícito era Juan Ojeda: “A ver, Martinica, dame tu brazo”, le decía y ambos se miraban sonrientes, luego se echaban a caminar por entre el nido de mesas.

Cuando ya nos habíamos desbocado, los Santiagos —hijos del dueño de “Palermo”— bajaron la cortina metálica del establecimiento. Ni un trago más. Así era el “Palermo”, rígido, sin ningún encanto ni amor por la clientela, al contrario, como que nos aborrecían. Poco tiempo después, los dueños aprovecharon el terremoto del 70 para remodelarlo, previo cierre de un año, y echar a la clientela prácticamente a la calle, arrojarnos a ese bar a media caña que es el “Wony”. Aquella noche, la 1 a.m. en punto cerró el “Palermo”. Cargamos con Martín Adán, simplemente cruzamos la pista de La Colmena y nos instalamos soberanamente en el “Chinochino”.

MIÉRCOLES 14, “BAR CHINOCHINO”

El “Chinochino” era el empalme obligatorio para quienes salían del “Palermo”. Allí las mesas hasta tienen una inclinación para que corra la cerveza. Es el reino de la “Cocotte”

(doña Huaraca para otros), una vieja flaca y bailarina que gorrea cerveza en cada mesa y dilapida noche a noche las hilachas de carne de su cuerpo. Según cuentan, el nombre “Chinochino” quedó perennizado un día que llegó borrachísimo el pintor Pancho Izquierdo López y al ver a los dos hermanos que atendían el bar los miró y señalándolos dijo: “Chino tú, chino tú; chinochino”.

Pedimos cerveza, el tiempo del “besorrojo” ya había pasado, época heroica de ‘Bola’ (Eduardo Aguirre), de Manuel Acosta Ojeda, del Gordo Portal. Conversar allí era más difícil, había que hacerlo a gritos. Pero Martín Adán nunca grita, pese a la embriaguez y los harapos mantiene una aristocracia en las maneras, una finura digna, una clase aparte, como cuando en 1934, a los 26 años, luego de culminar su doctorado en San Marcos, su tío, Óscar R. Benavides, entonces mandamás en Palacio de Gobierno, lo envió como gerente del Banco Agrario de Arequipa.

Juan Ojeda, quien durante toda su vida, además de poeta, solo fue esporádico pescador en Chimbote y profesor de Geografía durante una mañana, le había preguntado, “Martínica, si alguna vez en toda su larga existencia agarró chamba o siempre fue eterno partidario del ocio”. Martín Adán soltó su carcajada seca como si le hubieran dado en la yema del gusto. “Solo una vez en la vida”, dijo. Había muerto el gerente del Banco Agrario de Arequipa, un miembro de la rancia aristocracia local. El presidente Benavides aprovechó para colocar en ese puesto a su joven y brillante sobrino, escritor de nota desde los 17 años, doctor a los 25, y con una sostenida fama de genio. Cuando se enteraron los Ballón, los Goyeneche, los Ricketts, se sintieron ofendidos. “Será mucho sobriño del presidente, pero Arequipa es Arequipa”. Martín Adán envió un telegrama escueto anunciando su llegada: “Allá voy, saludos”. El día de su arribo los acartonados funcionarios del banco lo rodearon en silencio. Uno de ellos tomó la palabra y dijo: “En nombre de los dignísimos funcionarios de este banco y de las personalidades notables de Arequipa, quiero preguntarle, doctor Rafael la Fuente Benavides, cuál es su programa gerencial”. Martín Adán se empinó por encima de ellos con todo el empaque de su apostura juvenil, sanmarquina, limeña y aristócrata y les respondió: “Señores, yo he venido con el exclusivo objeto de hacerlos cojudos. Ahora vuelva cada uno a su puesto”. Al cabo de unos meses renunció a la gerencia y nunca más en su vida volvió a desempeñar otro trabajo que no fuera escribir poesía.

En el “Chinochino” la embriaguez ardía, reventaba en el piso encharcado de escupitajos, cerveza y aserrín. El frío de mayo empezó a joder. Martín Adán estaba hablando ahora de su época de estudiante en el Colegio Alemán, su temor intelectual a Luis Alberto Sánchez que, entonces jovencito, ya enseñaba allí; su noble aprecio por Mariátegui; el desapego con que escribió *La casa de cartón* cuando adolescente. Le

dijimos: “Sánchez y otros críticos dicen que *La casa de cartón* tiene algo de Proust, de Joyce, y que es el libro fundador de la narrativa moderna en el Perú”. Martín Adán se ríe, se limpia los bigotes amarillentos, y dice: “Ellos no saben, carajo, que es un pajazo de adolescente; por eso no he vuelto a escribir novela. ¡Qué Proust ni qué Joyce! Esos son monstruos. *La casa de cartón* es nada más que una travesura, un alarde de muchacho aburrido. Yo he leído a Proust en francés y a Joyce en inglés, pero esa novelita que tanto da que hablar a los críticos sin talento no es más que una serie de apuntes de un observador que se aburría soberanamente; además yo no tenía enamorada por ese tiempo, la había perdido”.

Ojeda le emparó la frase en el aire. “Martín, ¿es cierto que te gusta?”. Martín Adán miró el dedo moreno, la uña bien recortada, y abarcó con su mirada turbia a Ojeda. “Eso no me lo pierdo”. Todos soltamos la carcajada. Con el sombrero enterrado hasta las cejas, Martín Adán seguía hablando: “No pienso morirme sin probarlo, aunque en verdad ya me estoy pasando de cojudo porque el hombre que a los cuarenta años no lo ha probado es sencillamente un monigote de papel”. Entre risas y jodas echábamos más leña a la candela: “¿Cierto que los estudiantes de San Marcos que iban a visitar a Riva Agüero cuando este se fue a la Católica eran todos cabros?”. Martín nos entendía sin dificultad pues nos ayudábamos con ademanes. “¿Por qué?”, respondió malicioso, “¿en la Católica no había?”.

Pedimos unas aceitunas para bajar la marea. Martín Adán dijo que no y siguió únicamente con su cerveza. Nos turnábamos para llevarlo al baño. A las cuatro de la mañana los mozos del “Chinochino” empezaron a voltear las sillas sobre las mesas y a echar agua al piso. Los más tercicos en seguirla tuvimos que salir.

A esa hora Lima era un cementerio. Ahora siquiera hay carretilleros con café, antes ni eso. Todo cerrado. Sabíamos de dos lugares. El chifa “Unión”, en la avenida Iquitos de La Victoria, y el bar “San Carlos”, en una esquina de Grau, frente al Policlínico Obrero. Tomamos un taxi para poder cargar con Martín Adán, pero estábamos de malas, ambos lugares habían culminado la jornada. El “San Carlos” es un bar de día y noche, solo que estaban haciendo la limpieza y tenían para rato, por lo menos hasta las siete.

“BAR-CAFÉ GRAU”, 5 A.M.

En la acera del frente un establecimiento intentaba abrir sus puertas. Allí vendían solo café y sándwiches, pero aún no atendían. De todas maneras nos sentamos para hacer tiempo y pedimos que, con la demora necesaria, nos sirvieran café para los cuatro. Después de media hora nos sirvieron. Martín dijo que él no.

El nisei que atendía nos miraba con preocupación, le parecía terriblemente extraña la presencia de un viejo haraposo y ensombreado entre nosotros. No se aguantó y nos abordó. Le explicamos qué significaba Martín Adán para las letras peruanas y desde entonces la atención del nisei fue esmerada. Café tras café y dale a la conversación, pero el “San Carlos” no abría. Como a las seis y media de la mañana alguien de nosotros que había asomado a la puerta señaló que en la esquina de Grau y Abancay había un lugar abierto. “Ese es el Master Cook”, dijo Ojeda, eximió conocedor de los bares de Lima y autor de los nombres de algunos como “El Apolo”, en la esquina de Abancay y Puno, donde siempre nos salía el sol; o el “Sodoma y Gomorra”, ubicado en el terreno que ocupa ahora el edificio de Lotería del Cusco; o “El Cuchitril”, cerca de la librería de don Juan Mejía Baca; “El Pacharaco”, una cuadra más abajo, hoy convertido en chifa; “El bar sin personalidad”, en la esquina de Colmena y Azángaro, o “El Telefonito”, para otros.

RESTAURANTE “MASTER COOK”, MIÉRCOLES 14 6:30 A.M.

Lo primero que hicimos fue comernos un cau cau cada uno, excepto Martín Adán; él, solo cerveza, ni siquiera caldito de choro. “Martinica”, le dijo Juan Ojeda, “¿es cierto que la versión completa y definitiva de tu poema “Aloysius Acker” solo será publicada después de tu muerte?”. Martín Adán secó su cerveza.

“Ah, muchachos”, sentenció, “lo que se dice de “Aloysius Acker” no existe, hay lo que hay, y cada vez vuelvo a escribir lo que ya está escrito”. Sacó dos o tres libretas atadas con ligas del bolsillo interno de su gabán y empezó a leer poemas recientes: “... Dios es como el perro que mea...”.

Durante cinco horas, hasta que el sueño nos enmancornó a nosotros, no a él, Juan Ojeda y Martín Adán estuvieron recitando cantos enteros de La Divina Comedia. Después Martín solo agarró en latín a Virgilio, a Catulo, y entre bruma y cerveza nos acordábamos de las lecturas con Dora Bazán en el curso de latín.

Pasado el mediodía nos retiramos del “Master Cook” para buscar más dinero y continuar la travesía. La botella de cerveza creo que apenas llegaba a quince soles. Tomamos un taxi y nos dirigimos a “La Casa de las Américas”, en Balconcillo. Ya en los predios de La Victoria, Martín Adán se sintió fuera de su territorio, “¿dónde estamos?”, preguntaba a cada rato, “¿qué lugar es este?”. El nombre y la fisonomía urbana de Balconcillo no le decía absolutamente nada; sin embargo, recalamos en la cebichería “Las Américas”, época en que todavía conservaba cierto encanto y era especial en cebiche y chilcano para gente de amanecida, músicos, putas, bebedores.

CEBICHERÍA “LAS AMÉRICAS”, 3 P.M.

Ya la clientela cebichera se había retirado, únicamente quedábamos nosotros tomando cerveza, gracias a la largona que nos dio el Chino Ley, pescador de cordel y asesor de la cebichería y mozo de ocasión. Una linda muchacha atendía en el mostrador. Puro capulí y un aire lánguido y tristísimo. Cesáreo Martínez se templó al tiro. “Mía”, dijo atravesándola con su mirada de poeta maldito e instigado por Ojeda. La muchacha parecía estar encinta. Sin consultarnos hallamos en el Chino Lay al culpable. Con ventaja y alevosía, seguramente, la había doblegado; o había empleado, sin duda, las argucias milenarias de su cultura.

Toda la conversación y las conjeturas iban acompañadas de cerveza y música de rocola. Martín Adán había entrado al ritmo. Entonces fue que propuso que Cesáreo Martínez se casara con la muchacha triste. Llamamos al dueño del establecimiento, un japonés gordo, para que fuera el testigo y Martín Adán se ofreció para apadrinar la boda.

A partir de ese momento todo el trago corrió por cuenta de Martín Adán. Fue un movimiento simple que luego lo repetiría infinidad de veces: metió la mano al bolsillo interno de su gabán y sacó un rollo, como un cartucho de dinamita, de billetes de cincuenta soles sujetos con ligas.

Con el rumbo perdido, sin brújula, salimos de la cebichería ya avanzada la noche. Nos habían estado atendiendo a puerta cerrada. Cruzamos hacia la Plaza México y estuvimos en el bar “Don Antonio”; luego nos internamos hacia Lince. En una extrañísima peña criolla, por la avenida Militar, matamos el día miércoles 14 de mayo.

JUEVES 15, BAR “CHINOCCHINO”

En la madrugada del jueves llegamos al “Chinochino” después que cerró el “Bayao”, en la calle Belén del centro de Lima. Nos ubicamos en un apartado y con calma y frescura pedimos tres cervezas como si recién fuéramos a comenzar. Después del primer vaso nos sobrevino un cansancio terrible que en lugar de derrumbarnos sobre la mesa nos hizo salir asustados. “Chinochino” ya no era un bar sino un hormiguero; y allí se quedó Martín Adán, solito, con su botella de cerveza, batallando por la poesía.

Notas

(1) En mayo de 1981, antes de empezar a escribir este testimonio sobre los tres días continuos de borrachera en los bares de Lima con el poeta Martín Adán, yo ya tenía el título para dicho texto: “Travesía de extrabares”. Pero hasta entonces, jamás había visto ese mítico libro de Martín Adán titulado *Travesía de extramares*. Es verdad que el título siempre había estado revoloteando en mi cabeza, por lo menos desde que comencé a juntarme con la horda de poetas, en 1965; sin embargo, nunca tuve en mis manos dicho poemario. En Tacora se podía encontrar *Los ríos de la noche*, de Leopoldo Chariarse, con una sugestiva carátula del pintor y estudioso de la cinematografía Miguel Reynel, y hasta por milagro *Cinco metros de poemas* en la vereda del chongo El Floral, pero *Travesía de extramares*, subtítulo Sonetos a Chopin, era especie extinguida en la bibliografía peruana. Dicho poemario de Martín Adán lo abrí por primera vez en 1999, en el Library of Congress, Washington DC; esa bella edición príncipe que hizo don Ricardo Respaldiza en 1950, con dibujos de Ricardo Grau, estuvo al cuidado de Emilio Adolfo Westphalen, César Moro y Manuel Beltroy. Dejo aquí constancia que esta versión de “Travesía de extrabares” apareció por primera vez en *El Caballo Rojo* (Lima, 24 de mayo de 1981), que dirigían el poeta Antonio Cisneros y el editor y periodista Luis Valera, suplemento dominical de *El Diario*, cotidiano que se originó gracias al gran arraigo que alcanzó en la sociedad peruana el semanario alternativo *Marka*, donde inicié, en 1979, mi experiencia periodística.

(2) En 1981, cuando publique “Travesía de extrabares” en *El Caballo Rojo*, inmediatamente me llovieron cartas de reproche. Unas desde la derecha; otras desde la ultraizquierda en la cual yo me ubicaba. Tanto dirigidas a mí como a la redacción de *El Caballo Rojo*, el suplemento dominical de *El Diario de Marka*, el auténtico, no el espurio que sacaba el gelatinoso Luis Arce. Las cartas de la derecha me tildaban de intruso que no tenía nada que ver con la literatura de autores como Martín Adán, Carlos Oquendo de Amat, Emilio Adolfo Westphalen o César Moro. Por otro lado, las cartas de la ultraizquierda me acusaban de alimentar el mito burgués, el carácter suprapoético de Martín Adán. Especialmente una

carta que llegó a la redacción de *El Caballo Rojo* incidía en lo del mito burgués que yo estaba propiciando. Ahora, después de 34 años, creo que esa carta, muy acre, la envió con seudónimo mi querido amigo y camarada del grupo “Narración” Miguel Gutiérrez. Eso de mito burgués era muy suyo.

Resistí a pie firme el vendaval y creo que hice bien en publicar ese testimonio de locos. Mucho tiempo después, algunos envidiosos, cercanos al Partido Comunista moscovita, o sería mejor ‘moscoguita’, alentaron al poeta Chacho Martínez, con el objeto de opacarme, para que publicara su versión de esa travesía de tres días. Chacho, leal a la profunda amistad y complicidad que nos unía, me puso al tanto. Le respondí que tenía todo el derecho a escribir su versión, más aún si se trataba de un trabajo periodístico.

Pero el asunto no paró en esto. Todavía algunos académicos de dudosa ética, en el Perú y en el exterior, desalientan a los estudiantes y especialistas que plantean trabajar sobre el testimonio “Travesía de extrabares”. Arguyen que no existe evidencia de que el hecho aconteció. Que todo puede ser embuste de un mitómano, un autor sin mucha reputación.

En conclusión, ni en persona ni en obra, Martín Adán, Rafael De la Fuente Benavides, representa valor alguno de la burguesía. Tampoco se trataba de un aristócrata como quería poner en relieve el *establishment* criollo, por más que fuera De La Fuente Benavides. Porque nunca existió aristocracia en América. Eso de los apellidos largos y de solera sí constituye un embuste. El apellido es invento chino y se inició su uso en Europa recién en el siglo XVI, cuando empezaba a forjarse el capitalismo y la burguesía. Hasta entonces los aristócratas se llamaban Juana la Loca o Juan Cabezón. Martín Adán era clase media como la mayoría de los escritores peruanos. Entre sus ancestros, el ubicado más alto en la escala socioeconómica era su abuelo materno, un médico del Hospital Dos de Mayo. Y los médicos asalariados son clase media en todo el mundo.

Washington DC, 19 de septiembre de 2015.

Travesía de extrabares

© Gregorio Martínez

Ilustración de portada: Miguel Det, 2015

Se imprimieron 3 ejemplares para lectura en la exposición **Todo, menos morir. Soledad y genio de Martín Adán**, realizada en la Casa de la Literatura Peruana entre octubre de 2015 y enero de 2016, bajo la curaduría de Daniel Contreras y Herman Schwarz. Agradecemos al autor su colaboración.



CASA DE LA LITERATURA PERUANA



PERÚ

Ministerio de Educación